

MH370
CONSPIRACIÓN
EN EL CIELO

Alberto Novo

MH370
CONSPIRACIÓN
EN EL CIELO


ESDR JULIA
EDICIONES

{COLECCIÓN **SÍSTOLE**}

Primera edición, mayo 2017

© Alberto Novo Romero, 2017

© Esdrújula Ediciones, 2017

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Martín Bohórquez 23. Local 5, 18005 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Víctor Miguel Gallardo Barragán y Mariana Lozano Ortiz

Diseño de cubierta: PerroRaro (www.perroraro.es)

Impresión: Ulzama

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal : GR 672-2017

ISBN : 978-84-17042-18-9

Impreso en España · Printed in Spain

A nuestra bella Paula,
la estrella que decora el cielo.

A mi querido padre,
por sus valores y enseñanzas,
por su vida y su ejemplo,
que nos ha dejado huérfanos de su presencia
y mártires de su ausencia.

Nota del autor

El vuelo MH370, operado por la compañía aérea Malaysia Airlines, despegó de Kuala Lumpur, como estaba previsto, a las 00:41 hora local del sábado 8 de marzo de 2014 con destino a Pekín, donde debía llegar aproximadamente unas seis horas después.

Atravesó la península de Malasia y se internó en el golfo de Tailandia. Después debería haber sobrevolado el sureste del continente asiático, sin embargo, desapareció de los radares de la aviación civil sobre la 01:30 hora local del sábado, 49 minutos después de su despegue. El giro de 180 grados que pudo dar el avión es una de las incógnitas que permanecen vivas aún hoy. Los registros de los radares que rastreaban la señal del avión apuntan a que la aeronave podría haber tratado de dar la vuelta, según ha señalado el Ejército de Malasia. A pesar de los intentos por dar sentido a la maniobra, las especulaciones se han disparado sin que ninguna parezca obedecer a una realidad específica. Si añadimos que no hubo ninguna señal o llamada de emergencia del piloto, la intriga de lo realmente sucedido incrementa de forma exponencial.

Numerosos equipos de búsqueda y rescate de distintos países han rastreado sin éxito los posibles restos del aparato. Según iban pasando los días, el rastreo se extendió progresivamente hacia todas las direcciones en una superficie de unos cinco millones de kilómetros cuadrados, y casi una treintena de países participaron en la exploración con decenas de aviones o buques. Actualmente, los restos del fuselaje no han sido encontrados.

¿Accidente?, ¿atentado?, ¿secuestro?, ¿suicidio?

Quizá nunca lo lleguemos a saber. Existen más de 6.000 documentos clasificados por los servicios de inteligencia de cinco países. La particularidad de los perfiles de algunos de los tripulantes y pasajeros, la desaparición de dos marines americanos, las dos toneladas de carga que viajaban de incógnito en el avión y tantas otras cuestiones sin resolver siguen haciendo de este vuelo uno de los mayores misterios del siglo XXI.

Después de nueve meses de investigación, leyendo prensa extranjera (pocas veces referenciada en occidente), la respuesta de quien suscribe es que el misterio permanecerá durante décadas hasta que los documentos de inteligencia se desclasifiquen...

... O no.

En todo caso, existen múltiples y diferentes teorías de lo que pudo ocurrir aquel maldito 8 de marzo de 2014.

La novela que tienen ahora en sus manos no pretende revelar ninguna verdad; o al menos ninguna certeza oficial. No es más que una ficción de lo que pudo pasar (como otras tantas), pero lo cierto es que la casi totalidad de lo que se disponen a leer es lo que denomino semirealidad; es decir: a falta

de verificar su certeza, son opiniones y hechos publicados en los medios de comunicación como ciertos.

El lector es lo suficientemente inteligente como para hacer su propia composición de lugar e interpretar lo que le merezca mayor fiabilidad.

El resto, es fruto de mi imaginación.

Por supuesto, cualquier parecido con la realidad será mera coincidencia; o no.

I

LOS DÍAS PREVIOS

Austin, Texas, la mañana del 3 de marzo de 2014

La algarabía estaba más que justificada. El éxito no les podía dar la espalda. Habían sido años de duros esfuerzos y sacrificios. Pero si al talento se le une una importantísima fortuna, la gloria no suele pasar de largo.

Los Carter eran una dinastía de financieros y banqueros internacionales, de origen judío y alemán, pero afincados desde tiempos lejanos en el Reino Unido. La familia estaba considerada uno de los linajes más influyentes de toda Europa desde mediados del siglo XIX.

El multimillonario británico Ryan Carter era el propietario de la compañía Blackstone. Cuando esta empresa compró la americana Freescale Semiconductor, en septiembre de 2006, tras el pago de casi 18.000 millones de dólares, Ryan se trasladó a Texas, en los Estados Unidos. El proyecto requería de su control y exigía su presencia diaria en la planta de Austin.

Freescale Semiconductor era una compañía tecnológica que desarrollaba componentes para sistemas de armas sofisticadas y navegación de aeronaves, entre otras cosas. La compañía había sido creada en 2004 a partir de la división de

semiconductores de Motorola y se centraba en el mercado de los sistemas integrados y las comunicaciones. Se había ocupado de los procesadores powerPC y Mac mini hasta la transición de Apple a Intel.

En poco tiempo había pasado a formar parte del TOP 20 mundial de empresas del sector y formaba parte de Power.org como miembro fundador de esta asociación para el desarrollo y promoción de la arquitectura Power.

Hacia ahora un año, en 2013, la noticia de un suceso en Nueva Guinea despertó en Ryan Carter la idea de nuevas patentes. Un Boeing 737 había aterrizado en el aeropuerto internacional de Jackson, en Papúa, Nueva Guinea. El aeropuerto se sitúa apenas a 8 kilómetros de la capital, Port Moresby, tristemente famosa por haber sido declarada la ciudad más peligrosa del mundo, según el informe presentado por el programa de la ONU para los asentamientos humanos. Este aeropuerto había sustituido al que se ubicaba en lo que hoy es el barrio de Waigani.

La noticia era que el aeropuerto no esperaba el vuelo. Los radares no habían detectado al Boeing que había aterrizado con absoluta normalidad. En aquel caso el suceso estaba conectado a los cárteles de la droga, pero conseguir algo parecido en el terreno militar —aviones invisibles— era una idea que no podían dejar escapar. Solo había que desarrollar la tecnología y registrar la patente. Era el inicio de la guerra electrónica y Freescale iba a implicarse desde el principio. Casi de inmediato pusieron un anuncio en LinkedIn que rezaba así: «Se busca ingeniero de sistemas con 8 años mínimo de experiencia en radio frecuencias de sistemas electrónicos militares. La experiencia en guerra electrónica se valorará positivamente».

Entre los pocos que respondieron al anuncio, había dos americanos y algunos ciudadanos chinos y de otros países del sudeste asiático.

Después de más de un año de duro trabajo, aquel 3 de marzo de 2014, Freescale dio a conocer la patente de unos nuevos semiconductores para los sistemas de radar militares. Habían sido presentados esa mañana y se esperaba que la aprobación por parte de la oficina de patentes de los Estados Unidos no se demorara más allá de dos o, a lo sumo, tres semanas. A través de un microchip de gran alcance, los aviones interceptaban la frecuencia de los radares militares y resultaban indetectables.

Se trataba, en definitiva, de un dispositivo semiconductor con un blindaje activo de clientes potenciales, que tenía una ventaja de multi-hilo y una matriz con un adaptador de conexión de múltiples sitios. Un alambre de blindaje y un cable protegido que se extienden desde el cable de múltiples hilos al adaptador de conexión. El hilo de la malla proporcionaba protección activa al cable, ya que emitía simultáneamente la misma señal que este.

—Un hito histórico, sin duda —afirmaba Ryan ante sus socios.

Ryan era un hombre alto y corpulento, de pelo cano ensortijado que le hacía aparentar más edad de los escasos cincuenta años que tenía. Solía vestir trajes claros sin corbata. Era avaricioso y tenaz. Su fortuna no le había acercado al buen gusto. Hombre extravagante en las formas, pero de refinado paladar.

Todos levantaron su copa para brindar. La patente registrada aspiraba a convertirse en uno de los grandes avances

tecnológicos de la historia, y desde luego cambiaría el panorama militar de todo el mundo. El reparto entre los cinco socios era a partes iguales, es decir, un 20 por ciento para cada uno: uno de los socios era la propia compañía Freescale; los otros cuatro, los ingenieros chinos a título particular, empleados de la firma, todos ellos originarios de la ciudad de Suzhou.

—Vayamos a comer —indicó Ryan—. La ocasión merece un buen festejo.

No fue tarea fácil llegar hasta el Eddie Prime Seafood, el restaurante favorito de Ryan. Por aquellas fechas se celebraba el South by Southwest Festival, y eso hacía infranqueables algunas calles de la capital. Todos los años, miles de entusiastas, seguidores y fans incondicionales acuden en masa a Austin para el citado festival, que ha catapultado a la ciudad de Texas hasta convertirla en visita obligada para muchos viajeros.

El edificio de arenisca State Capitol es un símbolo de la mentalidad tejana, con un magnífico interior circular de galerías susurrantes y nueve hectáreas de jardines. Justamente enfrente del edificio había un aparcamiento subterráneo donde Ryan estacionó su Bentley plateado. Ya habían llegado a la *downtown*, donde se encontraba el establecimiento para el almuerzo.

El Eddie se caracterizaba por mariscos de calidad, preparados por expertos, y un ambiente carismático de difícil descripción. El comedor privado invitaba ampuloso al festejo.

—Muy bien, señores —interrumpió Ryan—, lo mejor está por llegar. Supongo que todos tenemos claro cuáles son los siguientes pasos.

—Así es, Ryan —replicó el más joven de los asiáticos, que parecía liderar el grupo—. El 8 de marzo volamos a Pekín. Nos espera Hon Chi. Él dispone de todas las instrucciones. El lunes 10 tenemos la entrevista con el representante del Gobierno.

—¿Voláis con Qatar? —preguntó el británico.

—No —contestó el ingeniero—, finalmente hemos optado por volar con Malaysia Airlines. —El vuelo es de madrugada y nos encaja mejor a todos. Además, así adelantamos un día la llegada y podemos ver a algunos amigos.

—Estupendo —dijo Ryan Carter—. No olvidéis que tendremos una video conferencia el martes por la mañana. Si todo va según lo planeado, el mismo martes podríamos tener firmado el contrato con el gobierno.

—Lo sabemos —contestó—, no faltaremos a la cita.

Ryan pidió la cuenta mientras sus cuatro socios daban buena cuenta del amplio surtido de postres.

—¿Dónde coño meterán estos tíos todo eso? Si no pesan más que mi perro —concluyó Ryan con una pícaro sonrisa.

II
5 de marzo de 2014

Cuando el ruido de la cafetera alertó a Robert, el reloj marcaba las once y media. Ya era casi mediodía. Se había levantado más tarde de lo habitual. Vivía en el 17 de Neckel Street, en pleno centro de Dearborn y a pocos minutos caminando de la casa natal del insigne Henry Ford, fundador del imperio automovilístico en 1903, cuando el siglo XX todavía amanecía.

La noche había sido larga. Pese a su temprana edad, los dos últimos años estaban resultando tediosos y con pocas opciones de aplacar la desidia. Añoraba aquellos tiempos de intrépidas aventuras de espionaje y dilatada acción, pero desde que le obligaron a abandonar la Agencia Nacional de Inteligencia, las horas parecían ser eternas.

Preparó café. No tenía apetito, pero necesitaba ingerir algo que diera sustento a las pastillas azules contra la depresión. Los minutos se triplicaban y el tiempo le devoraba el ánimo sin la menor piedad. Vestido con su pijama azul tomó asiento en una butaca orejera de piel oscura situada frente a una pequeña cristalera que le permitía divisar el mutismo de la urbe que le vio nacer.

Dearborn es una pequeña ciudad de apenas 100.000 habitantes ubicada en el condado de Wayne, en el estado de Michigan. El clima era apacible, aunque algo húmedo, y la tranquilidad reinaba por doquier.

A través del cristal divisó dos niños jugando acompañados de su abuelo. Uno iba en un triciclo y el más pequeño descendiendo por un tobogán bastante alto para un chico de esa edad. Apuró el café con unas galletas de mantequilla y encendió el primer cigarrillo del día. Dio dos bocanadas y expulsó el humo que quemaba sus maltrechos pulmones. La madrugada había castigado su estómago con algún exceso de ginebra. Se sentía aturdido, pero sereno. Introdujo la vajilla en el lavaplatos y cogió el teléfono. Sabía que era una hora avanzada de la noche en Kuala Lumpur, pero su hermano era desordenado en los horarios y solía acostarse muy tarde, o al menos eso decía él.

—Hola, Bobby, me iba a acostar ya, ¿cómo te va? —interrogó una profunda y dulce voz al otro lado del hilo telefónico.

—Pues como siempre, Stewart, ya me ves. Sin grandes cosas que contarte —dijo su hermano Robert—. No sé en qué estaba pensando cuando regresé a Dearborn. Esto es un maldito infierno.

—No digas eso, Bobby —le dijo su hermano—. ¿Dónde ibas a estar mejor que en casa? Ahí podrías disfrutar de lo lindo si no fueras tan hurraño.

—Desde que murió papá detesto esta tierra —prosiguió Robert—. No han pasado ni dos años y parece que llevo aquí media vida.

—Siempre fuiste un enamorado de Michigan. ¿Por qué no haces excursiones por los lagos como hace años? Te apasionaban esas rutas.

—¿Y con quién quieres que vaya, hermano? Por aquí ya no queda casi nadie de los nuestros, y los que quedan, casi mejor que no estuvieran. Se han vuelto tan aburridos como sus estúpidas mujeres —dijo sin alzar la voz—. Bueno, ¿y tú que me cuentas? ¿Cómo te va la vida por Asia?

—Francamente bien. Estoy muy involucrado en varios proyectos de la empresa, pero este sábado voy a Pekín a ver a Wendy. Es una chica fabulosa y cada día estoy más a gusto con ella. Deberías venir a conocerla.

—¿Me avisarás para la boda, viejo granuja? —ironizó.

—No lo verán tus ojos —dijo—. Estamos muy bien así. Ella sigue con sus clases de inglés en las escuelas chinas y yo me paso la semana viajando por todo el sudeste asiático. Sin ir más lejos, ayer llegué de Singapur. Estuve alojado en Little India, un barrio encantador. Te gustaría. Un fin de semana viene ella y otro voy yo. Si estamos bien así, ¿para qué cambiar? Tú sí que deberías buscarte una buena mujer que te endulce la vida.

—No empieces con lo de siempre, muchacho —respondió Robert—. Sabes bien que desde que salí de Kabul no tengo ánimo para nada. Y menos para soportar a nadie, porque casi no me soporto a mí mismo.

—¿Sigues tomando la medicación? Sabes que no debes dejarla, y espero que no tomes alcohol. Ya te ha hecho demasiado daño. Los ansiolíticos son incompatibles con la ginebra.

—Pamplinas —dijo Robert—, ya vuelves con el tema de siempre, chico; es desesperante. Oye, no te entretengo más. Es tarde y debes acostarte.

—No te pongas así, Bobby, sabes que lo digo por tu bien —contestó Stewart—, pero sí, mañana debo levantarme muy

temprano. Prometo llamarte cuando llegue el sábado a Pekín y así de paso saludas a Wendy. Siempre me pregunta por ti. ¿Por qué no te planteas venirte una semana por aquí con nosotros? En abril cojo unos días de vacaciones y podríamos organizarte una gira turística muy agradable por las Batu Caves o por las Islas Perhentians.

—Lo pensaré —contestó Robert con un tono más bien distante.

—Sé que es una manera de darme largas, hermano —respondió Stewart—, pero piénsalo. No te vendría nada mal un poco de ánimo, Bobby.

—Deja de llamarme Bobby —exclamó elevando la voz—. Sabes que no me gusta. Me llamo Robert.

—Siempre tan huraño, Bobby —replicó—. Te lo digo en tono cariñoso. Si no fueras tan ogro te gustaría.

Tras un intercambio de afectuosos guiños lingüísticos, la conversación terminó.

Robert tomó asiento frente al viejo televisor, encendido y sin volumen, y abrió una pequeña caja con recortes de prensa que reflejaban su estancia en Kabul. Los repasó con la mirada sin prestar ningún interés. Cerró la caja y encendió otro cigarrillo. El Lucky Strike se aferraba a sus dilatados labios. Caminaba de un lado a otro por el salón. Su memoria parecía haberse trasladado a otros momentos donde la vida le sonreía. Su mirada parecía perdida, casi clavada en la profundidad del abismo.

Michigan, localizada en la región de los Grandes Lagos en el Medio Oeste, es uno de los estados americanos líder de la industria manufacturera y de la automovilística. En concreto, su capital, Detroit, es el mayor productor de automóviles y

camiones de Estados Unidos. Pero en la década de 1970, Michigan tenía la mayor tasa de desempleo de cualquier estado norteamericano. Además, la creciente competencia de las empresas automovilísticas japonesas y coreanas suponía una amenaza aún mayor.

Con la esperanza debilitada, la familia Green se mudó a New Jersey, donde al finalizar sus estudios universitarios, Robert ingresó en el ejército y Stewart empezó a trabajar como ingeniero informático en la prestigiosa firma IBM. Pero nunca vendieron la casa de Dearborn; algún día podía convertirse en lugar de encuentro familiar.

Los hermanos Green recorrían medio mundo con diferentes misiones: uno, asumiendo proyectos de ingeniería principalmente en el este de Europa y en el sudeste asiático; y el otro, en misiones militares en países en conflicto de los cinco continentes.

Robert vació la botella de ginebra en un vaso sin hielo, mientras pasaba dolorosa revista a su vida. Casi no se reconocía en las fotos colgadas de la pared. En una se veía el equipo de la liga universitaria de baloncesto, los Michigan State Spartans, celebrando el título frente a su máximo rival y enemigo acérrimo en la Big Ten Conference, los Michigan Wolverines. El segundo por la derecha era un chico alto, musculado y fornido con una medalla colgada al cuello; era él. ¡Cuánto tiempo había pasado!

Al otro lado de la pared había una foto en la que estaba con su hermano Stewart, jóvenes y sonrientes. La foto había sido tomada en el circuito callejero de Detroit, al que acudían de chicos, especialmente cuando albergaban las Rolex Sports Cars Series, a las que eran grandes aficionados, casi más que

a la fórmula Nascar, a pesar de ser la más famosa de todo el país.

Apartó la vista y se observó. ¿Dónde habían quedado aquellas ilusiones? ¿Quién era aquel tipo endeble que vivía en aquella casa?

Miró su vaso de ginebra y lo arrojó contra la pared haciéndolo añicos.

Mientras se duchaba, en un afanoso intento de combatir la resaca y recuperar la lucidez, decidió llamar a Klaus, uno de los pocos amigos que todavía le quedaban. Le daba cierto reparo llamar porque la última vez que se habían visto le desairó de manera ostensible, como consecuencia de una afectación a partes iguales de su endiablado y malhumorado carácter y los efectos de un mal trago.

Bien pensado, Klaus era una buena persona y posiblemente se le hubiera olvidado el incidente. Se decidió y tomó el auricular con su mano derecha mientras se ceñía una toalla a la cintura.

—Klaus, soy Robert —dijo sin protocolo alguno—. ¿Te parece que nos demos una vuelta y nos pongamos al corriente de las cosas?

Klaus se tomó unos segundos. Poco después exclamó con sorna e ironía: «Si vas a repetirme la escena de la última vez no quiero ni verte, chico. Pero si me llamas entiendo que ya estás en tus sanos cabales».

—Perdona, Klaus, tal vez me excedí la última vez que nos vimos, pero sabes que eres uno de los pocos amigos que tengo y creo que necesito verte —respondió con inusitada humildad.

—De acuerdo, muchacho —dijo Klaus—. Ya sabes que hoy es miércoles de ceniza, pero podemos vernos al acabar la liturgia.

—Dime hora y lugar —respondió Robert—. O mejor dime dónde vas a la liturgia.

—A las siete de la tarde comienza en St. Martha's Church, la de Oakwood Boulevard, ¿por qué no te vienes? —dijo Klaus.

—Prefiero verte a la salida, Klaus. Sabes que no soy muy devoto —respondió antes de que la conversación llegara a su fin.

Robert abrió su destartalado y desordenado armario buscando alguna prenda que no hiciera falta planchar. Se enfundó un pantalón oscuro de algodón, una camisa lisa de tonos claros y se puso la gabardina. La mañana había sido apacible, pero solía lloviznar por las noches en esa época del año, influencia sin duda de la cercanía de los Grandes Lagos.

Se miró al espejo antes de salir y le gustaron las facciones robustas y vigorosas que vio, así como la mirada penetrante de aquellos grandes ojos oscuros, las cejas pobladas y la expresión seria.

Michigan tiene un alto porcentaje de población católica, el 25 por ciento, justo por detrás de los protestantes. El lugar donde se había construido la iglesia había sido comprado por el bisabuelo de Henry Ford y la mayoría de la familia Ford estaba enterrada en el pequeño cementerio anexo. Se trataba de un edificio clásico y elegante, aunque austero en su interior, con amplios jardines y pináculos vertebrados, casi nerviosos y con una notable ausencia de vanos en los muros, que invitaban al recogimiento.

Robert llegó con media hora de antelación, pero no se atrevió a entrar en el templo y esperó a su amigo en el exterior, con el cuello de la gabardina levantado y un cigarro

humeante entre los dedos; quería parecerse al Bogart de la mítica Casablanca. Klaus fue uno de los últimos en salir.

—¿Qué hay de nuevo, chaval? —preguntó radiante un Robert que parecía haber olvidado la vergüenza pasada en su último encuentro con su amigo.

Klaus era de ascendencia germánica, aunque no lo parecía ya que era más bien corto de estatura. Tenía las facciones bien definidas y algo angulosas, enmarcadas con una perilla incipiente. Lucía un abrigo amplio, largo y negro por debajo de las rodillas, que ocultaba su escaso metro setenta. Enseguida hizo el gesto de encender su pipa cuando Robert le tendió la mano. Ambos se la estrecharon.

—¿Qué tal en la iglesia, amigo? —interrogó Robert.

—Bueno, ya sabes, uno es como es —dijo el tímido americano de ascendencia germánica.

—Oye...

—No digas nada, Robert —interrumpió Klaus—. Estás aquí y eso es lo que importa. Ya ni recuerdo lo que pasó hace semanas —insistió complaciente.

Robert esbozó una cómplice sonrisa se ruborizó; estaba acostumbrado a mostrar una actitud distante, de dureza. Ciertamente, su amigo era un hombre de buen corazón y convicciones profundas, con un alto concepto de la amistad y con valores arraigados.

—¿Nos vamos a Griffith? —preguntó Robert, complaciente.

Klaus asintió con la cabeza sin abrir siquiera la boca ni pronunciar palabra alguna. La mesura de sus labios parecía ironizar con la situación.

Griffith era una cervecería con decoración irlandesa, barra de madera verde y mesas altas. No demasiado grande, pero acogedora y clásica. El camarero les sirvió dos Paulaner bien frías.

—¿Cómo te va la vida, amigo mío? —preguntó Klaus, mientras apagaba su pipa antes de entrar en el local.

—De eso te quería hablar —replicó el americano—. Hoy he hablado con mi hermano Stewart. Creo que iré a visitarle a Malasia. Echo de menos a mi familia desde que murió mi padre, y a él la vida le sonrío, no como a mí. Es lo único que me queda. Es un buen chico y a veces creo que me he distanciado mucho de él, y al fin y al cabo es mi único hermano y casi mi único pariente desde mi separación y la muerte de mi padre.

—Tonterías —exclamó con prontitud el germánico—. Siempre has sido un héroe para él, su referencia, tú marcabas los pasos a seguir. Parece mentira que no te hayas dado cuenta.

—No sabes lo que dice s—refirió Robert—. Él ha tenido una vida pletórica. Mucho más que la mía. Sabe lo que hace, sabe lo que quiere, y lo persigue como yo no pude hacer. O quizá debiera decir «no supe» hacer. Este sábado se va a ver a su novia a Pekín. Creo que le llamaré para decirle que me voy una semana con él. Quizás el mes que viene, incluso. La verdad es que le echo mucho de menos y tengo ganas de verle.

Pidieron una segunda consumición mientras la conversación crecía en profundidad e intimismo. Las luces del bar se reflejaban en el vidrio de sus bebidas, incitando al desenfreno. Pero el momento requería otra actitud y, al menos por ahora, parecían dispuestos a seguir el guion.

—¿Cómo que no lo has sabido hacer? —retomó indignado su amigo—. Lo has sido todo en la vida. No te ha faltado de nada. Combatiste en Kuwait y en Bosnia. Ascendiste como un

relámpago y te seleccionaron para la Agencia de Defensa Nacional en Langley. Solo un puñado de aspirantes lo consiguen. ¿Acaso eso es no saber hacer?

Robert se abrazó al profundo silencio que le acosaba.

Pasados unos segundos dio un trago y se atusó el cabello.

—El que asciende demasiado rápido se estrella de repente —dijo—. El éxito se te sube a la cabeza y de un día para otro te das cuenta de que no cuentan contigo. Eso es lo más triste. Sentirse relegado...

—Sí contaban contigo, Robert —explicó—, pero te pudo la obsesión. Quizá te endiosaste, no digo que no, pero nadie oculta tu mérito durante muchos años.

—¿Y de qué coño me sirve eso ahora? —interrumpió con una vehemencia que rozaba la grosería— ¡¡¡Mírame!!!, ¡mírame, coño! Nadie me reconocería ahora.

—No te castigues, chaval, eso ya pasó —dijo en tono conciliador—. Lo de Kabul solo ha sido un mal sueño. Un sueño que no deberías haber vivido. Pero un mal sueño al fin y al cabo. Eso es todo. Pero has despertado del sueño y este es el mundo real, el que te toca vivir. Hazlo como mejor puedas y no te atormentes.

—Una pesadilla diría yo —interrumpió Robert—. Ha sido más duro de lo que nadie pueda imaginar. Y por si fuera poco, una vez que logro escapar del infierno, me encuentro de cara con el diablo en Italia, transformado en Abu Omar.

—No me has hablado mucho de ello —dijo Klaus—. Creo que ya va siendo hora. Te sentará bien.

Contra todo pronóstico, y tras unos segundos de silencio, Robert se dirigió a Klaus con apariencia seria, casi rígida, y con la mirada perdida, como si se hubiera trasladado a otra

época. Hacía años que no hablaba de su experiencia en Afganistán. Pidió otra Paulaner y comenzó su disertación.

—Después de los atentados del 11 de septiembre —inició—, la CIA empezó a operar lo que llamábamos Black Sites. Eran centros clandestinos de detención a modo de prisiones. Siempre estaban ubicados fuera del territorio estadounidense, con poca o ninguna vigilancia política ni pública. Era la época de la guerra contra el terrorismo, donde pretendíamos detener a supuestos combatientes enemigos. El programa de «Redención Extraordinaria» utilizaba vuelos secretos de la CIA a través del territorio europeo. La CIA operó casi 1.300 vuelos en este programa. La gran mayoría de países europeos cedían el control sobre su espacio aéreo, admitiendo estos vuelos que se utilizaban para el transporte ilegal de detenidos.

—¿Qué hay de malo en ello, Robert? —preguntó Klaus—. Eran putos terroristas.

—Los oficiales de la CIA —prosiguió Robert, desatendiendo la protesta de Klaus— teníamos permitido el uso de lo que la Agencia denominaba «técnicas de interrogación mejoradas». Suponían un dolor muy severo y un sufrimiento que excede de la capacidad de aguante del ser humano. Suponía una clara violación de la Convención de las Naciones Unidas contra la tortura y, de paso, de las leyes americanas.

—¿Me estás hablando de Guantánamo? —interrogó el germánico.

—No solo eso —prosiguió el exagente—. Había decenas de centros similares en todos los continentes a donde dirigíamos esos vuelos. Manteníamos prolongadamente a los detenidos en posición incómoda, usando capuchas y some- tiéndoles a un ruido ensordecedor. Les privábamos del sueño

hasta provocarles alucinaciones, no les proporcionábamos alimento ni bebida. Pero lo peor era el método del submarino, dando golpes contra un muro, la desnudez, exponiéndoles al frío helador y confinándoles en pequeños habitáculos a modo de ataúd. Algunos incluso fueron sometidos a rehidratación rectal. Muchos murieron bajo esas torturas.

—Te repito que eran putos terroristas —protestó de forma airada su amigo—. No deberían darte ninguna lástima, Robert. Absolutamente ninguna.

Robert dejó la cerveza sobre la barra y giró su torso clavando la mirada en las pupilas de Klaus. Sonrió con sarcasmo.

—Sí, tienes razón —contestó—, putos terroristas. Como Jalid El Masri, ¿no?

—¿Quién era ese capullo? —preguntó Klaus.

—Pues no era más que un ciudadano alemán que detuvimos y llevamos a Afganistán para interrogarle y torturarlo durante meses. Acabó siendo liberado en Albania sin haber sido acusado de delito alguno. Un puto mal entendido por la similitud de la escritura con el supuesto terrorista Jalid Al Masri. Una letra le jodió la vida. Solo una letra —insistía pesaroso.

—Bueno, Robert, un maldito error. Eso es todo —dijo Klaus—. Nadie está libre de cometer un error.

—Alemania había ordenado trece detenciones a personas sospechosas —continuó—. Dejó las trece sin efecto meses después. Jalid era uno de ellos. En 2012, la Corte Europea de Derechos Humanos, emitió un fallo por el cual «fue establecido más allá de toda duda razonable» el secuestro, rendición y tortura de Khalid El Masri y que la República de Macedonia «había sido responsable de su tortura y maltrato, ambos en el propio país y después de su transferencia a las autoridades de

Estados Unidos en el contexto de una rendición extrajudicial». Se otorgó a El Masri la suma de 60.000 euros en concepto de compensación. El Tribunal calificó el secuestro, la detención y la tortura de El Masri en Macedonia, y la posterior entrega a Afganistán, como una desaparición forzada¹.

—Quizá no esa que refieres, pero otras muchas detenciones ayudaron a los Estados Unidos a deshacer cédulas terroristas y también a interrumpir operaciones de Al Qaeda con ántrax. Y no solo a los Estados Unidos, todo el mundo occidental se siente en guerra contra el terrorismo del islamismo más radical. Es la guerra, muchacho. Nada más.

—Sí, sí —continuó Robert—. Pero a menudo nos conducía al fanatismo. Yo mismo participé en el secuestro en Milán del supuesto terrorista Abu Omar. Fue torturado hasta el extremo. Acabó siendo exculpado por la justicia egipcia por detención ilegal y nunca fue imputado por delito alguno en Italia. Eso sí, para que veas, un juez de Milán acabó condenando a cuatro agentes americanos por violación de los derechos humanos y crímenes de lesa humanidad². Yo había participado en los hechos, pero esa vez pude librarme.

—Me sentía un patriota y asumí una nueva misión en la base aérea de Bagram, en Afganistán, muy cerca de la capital —continuó—. Durante este periodo, hubo varios incidentes de abusos y torturas a prisioneros en Bagram, aunque estuvieron relacionados con prisioneros no secretos. La cárcel fue trasladada a un lugar desconocido. Hubo denuncias diciendo que los contenedores metálicos de la base eran utilizados como centros clandestinos de detención, los llamaban «la prisión oscura». Recuerdo a uno de los prisioneros torturados, se llamaba Satar Jabar, le teníamos por un

terrorista peligroso y acabó demostrándose que no era más que un vulgar ladrón de coches.

Klaus parecía perplejo. No acertaba a articular palabra. Pero seguía afanándose en justificar lo sucedido.

—Era la guerra, Robert —indicó—. En todos los conflictos bélicos se cometen injusticias; si no te defiendes puedes ser tú el que resulte agredido. No te tortures más por eso.

—Cierto —respondió Robert—, no culpo para nada a mi país. Pero mis fuerzas flaqueaban. Necesitaba salir de allí. Entré en una profunda depresión y solicité mi vuelta a los Estados Unidos.

—Y te la concedieron —se apresuró a exclamar el otro.

—No exactamente —dijo Robert—. Me ofrecieron retirarme con honores. Pero antes tenía que cumplir una última misión lejos del terrorismo y de las torturas. O eso me querían hacer creer.

—¿Dónde te tocaba ir esta vez? —preguntó Klaus.

—A Diego García —contestó solícito Robert.

—¿Quién es ese? —se extrañó Klaus.

—No es quién, sino dónde. Es una base naval americana en el Índico —respondió el exagente—. Tenía que incorporarme durante un año y me podría volver a Langley. Pero decliné la oferta.

—No te entiendo. Tú habías pedido volver a los Estados Unidos. ¿Qué te importaba un año más? —refirió Klaus.

—Diego García —dijo Robert—, había sido citado como un centro clandestino de detención ilegal, aunque los oficiales británicos y americanos intentaron eliminar esos informes. Pero la revista *Time* y un alto oficial de los Estados Unidos han revelado que la isla británica era de hecho utilizada como

una prisión secreta de detención ilegal. Ya lo había vivido suficiente. No quería prolongar la experiencia ni un minuto más. Era devastador. Más aún, era desolador para mi ya frágil conciencia.

»Y yo tenía razón —prosiguió—. Fíjate que en 2013, Lawrence Wilkerson, antiguo jefe del equipo de Colin Powell, dijo que este atolón fue utilizado por la CIA para «actividades nefastas». Dijo que se utilizó Diego García como «un centro de tránsito donde la gente se alojaba temporalmente, digamos, y era interrogada de vez en cuando».

—¿Y dónde coño está esa isla? —preguntó Klaus—. Nunca había oído hablar de ella.

—Realmente, más que una isla es un atolón del archipiélago de Chagos —explicó Robert—, es un territorio británico de ultramar.

—¿Británico? ¿Y qué iba a hacer ahí un agente de la inteligencia americana?—dudó Klaus.

—Bueno —explicó—, realmente alberga una base militar de los Estados Unidos. Está a más de 3.000 kilómetros de la costa oriental de África, muy cerca de las Maldivas. El atolón fue descubierto en 1544 por el español Diego García de Moguer, a quien debe el nombre. Pero estaba al servicio de Portugal, que ostentó la soberanía hasta que se la cedió a Francia, que envió esclavos africanos para poblarla y trabajar en las plantaciones de cocos.

—Españoles, portugueses, franceses... ¿y qué coño pinta la CIA en todo esto? —preguntó Klaus.

—Tras las guerras napoleónicas quedó bajo dominio británico por el Tratado de París de 1814. Desde ese momento fue usado como almacén para abastecer de combustible a los

buques ingleses. Y en 1966 el Reino Unido arrendó la isla a los Estados Unidos durante 50 años para instalar su base militar en el Índico. Expulsaron a la población nativa hacia Isla Mauricio y las Seychelles, mientras construían estructuras militares y de inteligencia. Es una ubicación estratégica que se utilizó en los bombardeos de los B-52 contra Afganistán e Irak, ya que desde ahí se controla Oriente Medio y la mitad de Asia y África.

— Pero solo era un año y volvías a América, Robert. ¿Qué demonios te impidió ir allí unos meses? —preguntó Klaus.

—Los marines llamaban a la isla el «Campo de Justicia» —refirió—. Con eso te lo digo todo, o eso creo. Alojaba a más de 2.000 soldados destacados permanentemente. Tiene un puesto para 30 barcos de guerra, un vertedero nuclear y una estación de satélites espías. La fuerza aérea de Estados Unidos tiene una pista de 3.650 metros para bombarderos y aviones de vigilancia y unas oficinas del mando espacial para rastrear satélites. Tiene también tres radares telescópicos para controlar el espacio y una de las cinco estaciones de monitorización del sistema GPS.

—¿Y las otras cuatro? — preguntó Klaus.

—Pues en Colorado Springs, Hawai, Kwajalein y Ascensión —contestó Robert—. Pero es que además de su uso militar, es la más importante cárcel flotante de la CIA. Es decir, se utiliza por el gobierno americano para la rendición extraordinaria de prisioneros.

—¿Eso qué coño es? —preguntó Klaus—. ¿Algo así como Guantánamo 2?

Robert sonrió complaciente a su amigo antes de responder. Apreciaba su ingenuidad y su ánimo de alentarle.

—Pues casi aciertas. Era la transferencia de prisioneros de un país a otro fuera del proceso jurídico de extradición —contestó—. La CIA la utiliza como prisión secreta para sospechosos de pertenecer a Al-Qaeda. Desde ahí los mandaban a Guantánamo³.

Ambos permanecieron unos segundos ante un atronador silencio. Klaus nunca había visto a su amigo tan profundo, sincero y conversador. Y pensó que debía estar atormentado de veras para haber volcado allí toda aquella basura.

—No habría podido soportarlo —dijo Robert—. Bastante tuve ya en Kabul.

Klaus lo miró tratando de averiguar qué pasaba por aquella cabeza, Pero solo veía un rostro desencajado, un saco de músculos en un corazón abatido y una expresión angustiada. Era el mismo rostro que conocía desde niño, pero su mirada era cada vez más tenue e imprecisa.

—Se hace tarde, Klaus. Debemos irnos ya —sentenció Robert.

—Me resulta extraño esa repentina prisa por recogerte, sueles ser inagotable cuando la noche se aproxima. ¿Por qué no me sigues contando? Creo que te sentará muy bien —replicó.

Robert lo miró con un gesto de afecto y le guiñó un ojo, abonó la cuenta, se enfundó la gabardina con el cuello subido y tendió cortésmente a Klaus su largo abrigo oscuro, mientras este volvía a encender su pipa y ambos abandonaban el local.

—Hacía tiempo que no hablaba de todo esto y, discúlpame, pero me estaba empezando a hacer daño —dijo Robert—. Tienes que perdonarme pero dejémoslo aquí. Ya he hablado más de lo que debería.

—Ha sido un lujo escucharte, Robert. Nunca te había visto tan comunicativo —dijo Klaus—. Y no debes disculparte por ello, para algo estamos los amigos, ¿no? Quizá no te pueda ayudar mucho, pero en mí siempre tendrás dos oídos bien abiertos que te escuchen.

Robert pasó su fornido brazo sobre el hombro de su amigo y se perdieron en la nocturna oscuridad.

III

Moscú, 6 de marzo de 2014

—Entendido agente. Buen trabajo. Seguiremos la pista según sus indicaciones. Contactaremos de nuevo a las siete de esta tarde mediante código cifrado —dijo Igor, con cara de tensión.

Igor Pavlidenko llevaba dos años al frente de la cartera de Defensa. Era militar de carrera, con el grado de general, y había pertenecido tiempo atrás a la KGB. Tenía 58 años y un amplio y brillante historial. Natural de la pequeña ciudad de Chadán, se graduó en el Instituto Politécnico de Krasnoiarsk con el título de ingeniero constructor. Llevaba ya treinta años viviendo en Moscú debido a sus diferentes y múltiples cargos oficiales, entre otros, el de presidente del Comité Estatal Ruso para Defensa Civil y Emergencias, gobernador de la Región de Moscú y vicepresidente del Gobierno de Rusia entre otros. Era en definitiva hombre de confianza del comandante en jefe supremo o, lo que es lo mismo, del presidente de la Federación Rusa.

—Por favor, convoca al Estado Mayor de inmediato —le dijo Igor a su secretaria por el teléfono interno—. En una hora en la sala de Consejo.

Igor hacía algunas anotaciones en su cuaderno de piel oscura. Mostraba una apariencia fuerte, era un hombre musculado y con el pelo abundante pero cano. Poseía unas cejas pobladas, casi entrelazadas entre sí, y unas tímidas entradas. Tenía incluso un aire a Leónidas Breznev. Se levantó y empezó a caminar por su despacho de un lado a otro, dando vueltas a todas las piezas de un puzle que por fin parecían encajar. Se paró ante su amplio ventanal y lo abrió de par en par dejándose envolver por el aire frío, casi polar, que se introducía en el despacho sin pudor alguno.

Moscú amanecía ajena a los sucesos que atormentaban la mente de Igor. Desde la ventana de su despacho podía ver el río Moscova, ofreciendo un paisaje bien distinto al habitual, donde solía ser placentero divisar los vapores repletos de turistas haciendo fotos a cada rincón de la ribera fluvial. Pero el río helado era más propicio para adivinar la presencia de pescadores con hornillos de gas para hacer agujeros en el hielo y proceder al arte del sedal. Muchos curiosos se paraban junto a ellos inmortalizando el momento.

El edificio del Ministerio se encontraba en la plaza de Arbatskaya, a unos 900 metros del río, pero el despacho de Igor estaba en el noveno piso y desde allí divisaba unas vistas magníficas.

Encendió un Davidoff y tomó asiento releyendo sus notas mientras esperaba la hora señalada.

—Señor Pavlidenko —indicó su secretaria—, ya están aquí. Le esperan en la sala del Consejo.

Miró su reloj. Habían transcurrido cincuenta minutos; todos habían atendido su requerimiento con puntualidad militar.

El Estado Mayor General es el órgano ejecutivo del Ministerio de Defensa de la Federación Rusa y ejecuta las instrucciones y órdenes del ministro de Defensa.

Lo componían, junto al presidente ruso y el propio ministro Pavlidenko, los diez vicepresidentes de Defensa, los tres comandantes en jefe de las ramas de las Fuerzas Armadas (tierra, mar y aire) y los dos comandantes en jefe de los Cuerpos (tropas aerotransportadas y misiles estratégicos). En total, 17 personas, si bien el presidente no les acompañaba en ese momento.

—Señores —inició Igor su alocución, una vez en la sala y tras los pertinentes intercambios de saludos—, hace poco más de una hora he recibido una alerta de nuestro agente 4GB. Tiene una información confidencial sobre un cargamento muy sospechoso a bordo del buque de bandera americana *MV Maersk Alabama*.

—¿No es ese el barco de la película de Tom Hanks? —interrumpió Anatoli.

Anatoli Spivakov era el jefe del Estado Mayor General de las Fuerzas Armadas de Rusia y por lo tanto, uno de los diez viceministros de Defensa. Ostentaba el cargo de general, como Pavlidenko, y era leal a Igor desde muchos años atrás. Ambos compartieron carrera militar, aunque Anatoli era ligeramente más joven y desde luego menos cualificado e inteligente que el flamante ministro de Defensa. Pero mantenían una relación fluida y amigable, por más que a veces Igor le calificara de impertinente y, sobre todo, de inoportuno. Y no sin razón, a tenor de algunos pasajes de su convivencia.

—El mismo —respondió el ministro—, pero el suceso no tiene nada que ver con aquella historia de 2009.

»Resulta —prosiguió sin hacer mayor alusión a aquel incidente—, que según los informes de inteligencia rusos, la ruta seguida por esa carga es altamente sospechosa. El 17 de febrero fue descargada del *MV Maersk* y de ahí se trasladó al aeropuerto internacional de Seychelles donde a su vez fue colocada en un vuelo de Emiratos con rumbo al aeropuerto internacional de Kuala Lumpur, previa escala en Dubai. Parece más que evidente que tantas escalas y destinos pretenden dificultar el seguimiento de la mercancía.

Todos permanecían atentos y en el más profundo silencio. La sala era lo suficientemente amplia para estar cómodos, pero parecían tan alarmados que inconscientemente se agruparon hombro con hombro.

—Por si todo esto fuera poco —continuó Igor—, mientras esa sospechosa carga permaneció a bordo del barco americano, era resguardada y escoltada por dos agentes americanos, antiguos marines, lo que hace suponer que los Estados Unidos eran, o al menos conocen, el propietario del envío.

—¿Se ha seguido la pista de esos dos marines por parte de nuestros agentes? —preguntó Anatoli sin pudor.

—Como no podía ser de otra manera —respondió Igor con prontitud—. Y aquí viene una nueva alarma: los dos marines aparecieron recientemente muertos en extrañas circunstancias.

—¿Cómo de extrañas? —se interesó alguien al otro lado de la sala.

Igor le observó sin pestañear. Era el almirante Popov, comandante en jefe de la Armada. Tardó unos segundos antes de responder con detalles a la pregunta.

—Los cadáveres de los dos agentes secretos americanos fueron hallados en un camarote del *Maersk Alabama*, anclado

en Port Victoria, en las Seychelles —dijo Igor—. Aparentemente, ambos servían de seguridad contra ataques piratas, aunque la realidad, según nuestros informes de inteligencia, es que se dedicaban a proteger el traslado de armas sofisticadas. Los dos habían dejado la Marina de los Estados Unidos para incorporarse a la compañía de seguridad Trident, asentada en Virginia y a muy pocos kilómetros de la sede de la CIA en Langley. De hecho, esta empresa era la principal contratista de seguridad para el Pentágono y para algunos gobiernos extranjeros.

Popov anotó algo en un cuaderno, mientras el resto escuchaba con relevantes signos de preocupación.

—Las causas de la muerte —prosiguió Igor tras una breve pausa para apurar su botellín de agua—, nunca fueron divulgadas. Sin embargo, se han filtrado algunas informaciones que dicen que se debió a una insuficiencia respiratoria y un ataque al corazón provocados por una sobredosis de heroína. En sus camarotes se encontraron jeringuillas y rastros de droga. Las muestras forenses se enviaron a Mauricio para ser analizadas, pero luego no se dio detalle alguno al respecto.

—Tampoco me parecen tan extrañas esas circunstancias —replicó Popov, mientras levantaba la vista de sus notas—; unos putos yonquis yanquis, si se me permite el juego de palabras.

—Por favor, guardemos silencio hasta que yo termine —recriminó Igor, ante la mirada de reproche del almirante—. Resulta que ninguno de los dos cuerpos presentaban evidencia alguna de trauma físico y ninguno de los dos tenían antecedentes de consumo de drogas. De hecho, ni siquiera fumaban. La escena del crimen resulta muy sospechosa.

—¿Alguna autoridad registró ese buque? —interrogó el almirante Popov, en una clara provocación al interrumpir de nuevo al ministro.

—Una vez retirados los cuerpos de ambos agentes, el *Maersk Alabama* fue autorizado a salir de las Seychelles —añadió Pavlidenko con desgana.

—¿Y qué hay del grupo Trident, ese? —preguntó Anatoli.

—A pesar de ser conocido por su lucha contra la piratería y la seguridad marítima en las operaciones de tecnología y capacitación marítima, lo cierto es que sus actividades van mucho más allá. Es más que sabido su vínculo con el Pentágono y la CIA, así como su participación en operaciones muy oscuras de las que guarda un alto secreto. Entre otras a las que apuntan nuestros informes, se encuentran la custodia de cargas radiactivas o de peligro biológico, así como de armamento sofisticado y secreto. De hecho, Trident fue fundada por personal de operaciones especiales de la Marina de los Estados Unidos —afirmó contundente Pavlidenko.

—Pero si esa carga misteriosa se encuentra ahora en el aeropuerto internacional de Kuala Lumpur, nuestros agentes no tendrán dificultad en seguirle la pista —reparó la viceministra Shamanov, única mujer presente en la sala.

—Tienes toda la razón —señaló—. El agente 4GB irá a bordo de ese vuelo.

—¿De qué vuelo se trata? —preguntó Popov.

—Es el MH 370 de Malaysia Airlines. Parte el día 8 de marzo con destino a Pekín —respondió el Ministro.

—¿Pekín? ¿Qué coño pretenden los americanos en Pekín con dos toneladas de carga sospechosa? —interrogó un Anatoli incapaz de guardar silencio.

—Es una buena pregunta, Anatoli. Aunque precipitada —contestó mientras adoptaba un tono más solemne.

Se levantó de su silla y se dirigió hacia el amplio ventanal desde el que había estado divisando el río helado.

—Señores del Estado Mayor —dijo Igor de forma muy serena pero trascendente—, les informo que el GRU⁴, con el conocimiento del Kremlin a través de nuestro presidente, acaba de informar a las autoridades chinas de todo cuanto ustedes ahora conocen. Lógicamente están nerviosos.

Pavlidenko se dio la vuelta y les observó antes de continuar.

—Han planeado una misión, con nuestra aquiescencia como país amigo —dijo—. En cuanto el vuelo entre en espacio aéreo chino, lo desviarán hacia el aeropuerto internacional de Haikou Meilan, que se encuentra en la isla china de Hainan.

IV

7 de marzo en Kuala Lumpur

La exótica Kuala Lumpur debe su nombre al lugar donde se ubica, justo en la confluencia de los ríos Klang y Gombak. De hecho, en malayo, Kuala Lumpur significa «confluencia de lodos».

La ciudad fue fundada en 1857 por mineros chinos que se instalaron para explotar los yacimientos de estaño. Desde entonces, ha tenido un crecimiento imparable y su paisaje urbano se caracteriza por una mezcla de diferentes culturas que conviven en perfecta armonía, ofreciendo contrastes de inspiración tradicional asiática. Las grúas que ilustran la irreverente y cosmopolita capital predicen que su crecimiento no ha hecho sino comenzar. Kuala Lumpur atrae cada año a millones de turistas, principalmente de países asiáticos, aunque en los últimos años ha aumentado considerablemente el turismo desde países occidentales, y muy especialmente de Europa.

Aquella mañana, al salir de la sinagoga de Gereja, Julie Norton chocó una vez más con los molestos turistas que lo

invadían todo. Le molestaba especialmente el poco respeto que mostraban hacia los lugares de culto.

Julie había nacido en Tel Aviv hacía 44 años. Poco después de cumplir la mayoría de edad llegaron a Kuala Lumpur, porque el gobierno israelí trasladó a su padre, y se instalaron en un barrio judío de la ciudad.

Julie tenía apariencia juvenil, con unas piernas largas y la piel transparente, que parecía de porcelana. Solía vestir de manera informal, aunque aquél día lucía un traje de chaqueta de lino de color oscuro. Era alta y de tipo fino, casi delicado. Cuidaba con esmero su corte de media melena, que colocaba hacia un lado de la cara para potenciar los rasgos de su mirada cálida, con aquellos ojos verdes y cristalinos que penetraban en quien los mirara escrutando su interior.

Se dirigió al supermercado para comprar algunos alimentos, principalmente fruta y verdura, lácteos de soja y productos cosméticos de importación, y a continuación volvió a casa. Esperaba una llamada y puso el móvil a cargar mientras se preparaba un té rojo. Se cambió de ropa. Se enfundó una camiseta gris de algodón y un pantalón corto. Tomó asiento en el sofá de su pequeño pero coqueto salón y abrió el libro que estaba leyendo.

Julie vivía en una zona residencial de Kuala Lumpur, en las cercanías del Hospital Tung Shin. Era un barrio de clase media, habitado en su mayoría por gente de mediana edad y clase acomodada.

Desde su pequeña terraza de apenas diez metros cuadrados podía hacerse eco del mosaico cultural, histórico, social y económico que era aquella capital asiática: el contraste de los rascacielos junto al exquisito centro colonial de casas bajas,

puestos callejeros, tránsito pesado y su peculiar sistema de monorraíles sobre el suelo.

Habrían pasado unos 40 minutos cuando la vibración de su móvil le alertó de una llamada entrante. Comprobó en el visor que era la que esperaba y descolgó.

—Hola, Hori —saludó con tono cariñoso—. ¿Ha ido todo bien?

—Sí, cariño, acabo de salir —indicó un hombre al otro lado del hilo telefónico—. Ha sido más largo de lo que esperaba y algo desagradable, la verdad.

Hori Dewi era un piloto muy experimentado de las líneas aéreas malasias. A sus 53 años veía en la juventud de Julie una inusitada tentación que le devolvía la energía y la vitalidad que había quedado en el recuerdo.

Hori era un malayo obsesionado por la política, y un fervoroso y fanático partidario del líder de la oposición del país, Anwar Ibrahim, que había sido condenado por cuatro casos de sodomía, y posteriormente absuelto en 2012.

Anwar tenía 66 años y encabezaba una coalición de partidos que incluía su propia formación multiétnica. Había sido preso político durante casi seis años, la mayor parte del tiempo en régimen de aislamiento, y hacía un año que su partido afirmaba haber ganado las elecciones al partido del poder, en unos comicios que muchos calificaban de fraudulentos y que provocaron numerosas protestas que Anwar apoyó.

Aquella mañana, Hori había asistido a una audiencia en la Corte de Malasia, que revocaba la absolución de Anwar Ibrahim por los cargos de sodomía, un caso por motivos políticos que el gobierno de Malasia normalmente desempolvaba en época de elecciones.

La historia de Ibrahim, en definitiva, era la sórdida historia del poder político en un país musulmán. Aquella mañana había quedado libre bajo fianza a la espera de una nueva apelación, aunque se enfrentaba a cinco años de prisión. Hori se había presentado con una camiseta estampada donde podía leerse «La democracia ha muerto».

—Muy bien, Hori, ¿vienes ya hacia aquí? —preguntó la chica—. He reservado una mesa para las dos y media.

—Necesito pasar a por la tarjeta, recuerda —respondió—, pero enseguida nos vemos. ¿Dónde has hecho la reserva?

—En Suzi's Corner; sé que te gusta. Y esta noche tienes una cita con la historia —anunció Julie—. Ve a por la tarjeta y nos vemos allí. Hay muchas cosas que celebrar.

Cuando la conversación finalizó, Julie envió un mensaje desde su ordenador. Lo cerró y empezó a prepararse para la cita. Solo faltaba hora y media, y la circulación a esa hora se hacía lenta y complicada en Kuala.

Hori entró en una tienda de telefonía y compró la tarjeta SIM sin registro de datos que necesitaba. La puso a nombre de Julie. Abonó el importe y acudió a su cita.

Hori estaba casado con Faiza, una mujer de monumental belleza a la que llevaba unido treinta años. Faiza era una mujer tradicional. En los últimos años se habían distanciado profundamente.

La noche anterior, Faiza salió de casa con los tres hijos del matrimonio. No había vuelto.

El Suzi's Corner era un local muy popular en Kuala Lumpur. Cuando Hori aparcó su vehículo, Julie ya le esperaba.

—¿Todo bien? —preguntó ella— Llegas un poco tarde. ¿Has podido solucionar lo de la tarjeta SIM?

—Todo perfecto — respondió—, según lo esperado.

El Suzi's Corner había empezado a funcionar hacía 18 años con la tienda de bistecs Mama Hut. Ahora se caracterizaba por tener multitud de puestos a la entrada, donde tú comprabas la comida que preferías y dentro te la preparan. Era un restaurante al aire libre, nada lujoso, con sillas verdes de plástico y decoración austera, en el que se comía muy bien y a muy buen precio, por eso estaba siempre llenísimo.

—¿Has visto a Anwar? —preguntó ella.

—Desde luego. Pero bueno, vamos al principio. Aquí tienes tu tarjeta SIM sin registro —dijo Hori mientras extendía su mano para entregarle a Julie tan deseado presente.

Julie la guardó con máximo cuidado, casi mimo, dentro de una cremallera de su bolso.

—Todo está listo, Hori —sentenció ella.

—Lo sé. Y estoy preparado para esta aventura —replicó el piloto.

—¿Has hablado con Tawiri? —interpeló la chica.

—Lo he hecho. Compartí vuelo con él el martes pasado. Está al tanto de la situación —contestó.

Tawiri Shukarno era el copiloto habitual de Hori. Tenía solo 27 años y se había incorporado a Malaysia Airlines en 2007. Era un malayo radical; le llamaban «el devoto del Islam». Llevaba ya casi 3.000 horas de vuelo con la aerolínea y había sido expedientado en 2011 por permitir que dos jóvenes sudafricanas permanecieran en la cabina durante un vuelo de Phuket a Kuala Lumpur; una incluso había estado fumando durante todo el viaje. Pero a pesar de la sanción, Tawiri parecía no haber escarmentado, porque la indisciplina formaba parte de su fama.

Cuando acabaron de comer se dirigieron a casa de Julie, aunque antes pararon en la de Hori para que recogiera algunas cosas.

Entablaron una breve conversación mientras Hori revisaba los mensajes de su móvil. Poco después, Julie comenzó a desnudarse de manera sugerente, muy poco a poco, hasta quedarse en ropa interior de color negro, como le apasionaba al piloto. El malayo desabrochó su sujetador de marca francesa, se abrazaron sobre las sábanas e hicieron el amor de manera apasionada, como si fuera la última vez que iban a verse.

—No olvides nunca que te quiero —dijo él.

—Lo sé, Hori —respondió—. Y no olvides nunca que eres correspondido.

—Puede ser la última vez, mi niña —dijo Hori con melancolía—, pero nunca olvides que fue verdad. Esta noche vuelo a Pekín, pero algo me dice que volveremos a encontrarnos.

Julie se atusó el cabello, le miró profundamente y se fundieron en un inusitado abrazo, desnudos, la piel contra la piel, los poros respirando los efluvios del otro.

—Tienes una misión, Hori —dijo ella—. Esto no termina aquí.

Hori le hizo el amor por última vez, deseando que el firmamento se rompiera sobre sus cabezas.

La tarde avanzaba y la alarma del móvil del piloto le alertaba de que era hora de irse. Tras una rápida ducha con agua fría, se vistieron de prisa y ella le acompañó a la puerta.

—Feliz viaje triunfal —le dijo Julie—. Vas a hacer historia.

El beso en la puerta se prolongó hasta la extenuación.

Hori cogió su maletín y desapareció camino del aeropuerto internacional de Kuala Lumpur.

Julie cerró la puerta y se sentó en el sofá. Cogió su teléfono móvil e inició una llamada.

—Papá —dijo—, todo está en marcha.

—Bien—contestó el padre—. ¿Has avisado a Tel Aviv? La Agencia aguarda tus noticias.

—Me disponía a hacerlo, papá —contestó la chica—. Un beso fuerte. Nos vemos mañana y te cuento.

Julie abrió su portátil. Cifró una clave de acceso al correo corporativo del departamento de Recolección de Información del Mossad y comenzó a escribir.

«Buenas tardes. Soy el Katsa⁵ 414. Operación en marcha. Camino del aeropuerto. Dispongo de la tarjeta SIM. En cuestión de 4 horas el objetivo estará cumplido. Ruego confirmación de la recepción. Espero mensaje cifrado».

El Mossad, una de las cinco mejores agencias de inteligencia del mundo, es una organización civil, si bien buena parte de su personal ha servido en el ejército israelí.

Este era el caso de Samuel, el padre de Julie, que operaba en el Departamento de Acción Política y Enlace. Se ocupaba de trabajar con servicios de inteligencia aliados, especialmente americanos, operando principalmente en aquellos países que no tienen una relación diplomática con Israel.

Su impecable hoja de servicios solo se había visto empañada en 1997 cuando, junto a otro agente, fue apresado en Jordania tras intentar capturar a un dirigente del grupo Hamás en aquel país. La operación fallida y la violación de la soberanía jordana causaron un agrio enfrentamiento entre el primer ministro Netanyahu y el rey Hussein, cuyo propio servicio de inteligencia colaboraba estrechamente con el Mossad. Finalmente, Samuel y su compañero fueron liberados, aunque Israel se vio obligada a liberar a su vez a 70 palestinos presos, entre los que destacaba Ahmed Yasín, el fundador de Hamás.

Cuando Samuel llegó en misión oficial a Kuala Lumpur, vio con orgullo cómo la Agencia seleccionaba a su hija dentro del Departamento de Recolección de Información. Desde entonces, la chica se había encargado de gestionar y captar a espías en el extranjero, preferentemente en el sudeste asiático y Oceanía, incluyendo coberturas diplomáticas y extraoficiales.

Julie se metió en la ducha. Se preocupó especialmente de limpiarse allí donde Hori se había mostrado especialmente cariñoso. Detestaba profundamente al piloto, pero seducirlo era parte de su trabajo. Lo que entre sus colegas se conocía como «sexpionaje», y consistía en el intercambio de relaciones sexuales por información o como cumplimiento de un objetivo sin que la víctima se percatase de ello.

Lo peor de esas acciones era que dificultaba profundamente la posibilidad de mantener relaciones sentimentales estables. Aunque ella tenía una en el más estricto secreto, de hecho, solo Samuel era conocedor de la misma.

Cuando acabó de asearse, se vistió con prendas deportivas, cambió la tarjeta SIM de su móvil y se sentó a esperar el momento señalado.

Sonó el teléfono fijo. No era habitual que lo hiciera. Identificó el número y optó por no contestar.

La pantalla señalaba que era la cuarta llamada entrante ese día desde el mismo número.

¿Qué demonios querría ahora si ya estaba todo hablado?
¿Y por qué ahora de repente no la llamaba al móvil?

V

Bali, 7 de marzo de 2014

Dimitri Scherikov se afanaba en arengar al grupo de buceadores. Llevaban ya el tiempo suficiente bajo el agua. El entrenamiento había terminado y era hora de regresar. Todavía quedaba un día de intensa práctica submarina.

Ese 7 de marzo de 2014, los nueve miembros de la expedición habían experimentado sensaciones únicas en Nusa Lembongan y Nusa Penida. Estas dos islas, a menos de una hora en bote desde Sanar, contenían un sorprendente fondo arenoso, con aguas cristalinas y abundantes corales con una variedad múltiple de peces de todas las especies y colores.

La profundidad oscilaba entre los 4 y los 40 metros con unas corrientes que alcanzan los 4 nudos, y donde el promedio de visibilidad no superaba los 25 metros.

La visión submarina había resultado asombrosa entre mantas, rayas, tiburones, tortugas marinas y otras especies. En días anteriores habían experimentado sensaciones similares en Gili Tepekong, Amed y muy especialmente en Tulamben, uno de los lugares más conocidos de la isla porque en sus aguas se encontraban los restos del buque americano

Liberty, partido en dos tras su hundimiento durante la Segunda Guerra Mundial. Allí los buceos nocturnos eran de especial singularidad y belleza.

A la mañana siguiente, a todos les quedaba la última experiencia de buceo en Menjangan. A todos menos a Sergei Livinenko, que estaba al frente de la expedición y había adelantado un día el regreso por motivos profesionales. O al menos, ese fue el argumento esgrimido. Sea como fuere, todos le creyeron.

Los nueve rusos habían acudido a la increíble Bali a practicar un curso de buceo de riesgo. Dentro del país con más musulmanes del mundo, Bali es una rareza, donde una singular religión hinduista ha impreso un carácter y una forma de vida realmente particulares. La isla es también conocida como «la isla de los mil templos», están por todas partes, en los lugares más recónditos y en los más poblados, impregnando de su misticismo y belleza a todos los visitantes. Los nueve rusos no eran una excepción.

El Bali reservado a los pocos afortunados que se adentran en sus cálidas y transparentes aguas era algo más que una experiencia inolvidable y un lujo terrenal. Era más bien un sueño convertido en realidad para quienes tuvieran la fortuna de conocerlo y experimentarlo en su más íntima cercanía. Toda una obra de arte multicolor que nos recibe con los brazos abiertos. Increíbles arrecifes, miles de especies de peces tropicales, cientos de corales y otros invertebrados. Verdaderamente excepcional.

Dimitri era la mano derecha de Sergei Livinenko. Aquella cena especial para ellos se celebraba en un ambiente distendido y afable, donde los buceadores comentaban sus peculiares e inusitadas experiencias.

—Tenemos que volver a Bali, Sergei —afirmó su aventajado pupilo Dimitri—. Los chicos han agradecido tu iniciativa. Es una lástima que tengas que volar de vuelta mañana a la madre Rusia.

—Han sido unos días increíbles, es verdad —sentenció Sergei clavando su mirada en la pupila de cada uno de aquellos buzos—. La isla de Bali es un lugar mágico repleto de playas paradisíacas, apacibles lagos y la cultura hindú. Es un verdadero mundo multicolor y apasionante. Espero que sigáis disfrutando este día y medio que os queda, aunque yo me tenga que ir. Y debéis ir programando la próxima expedición a la que espero que sigáis teniendo la cortesía de invitarme.

No le faltaba razón a Livinenko, aquellas aguas eran el perfecto escenario para el buceo, con la ventaja de poder practicarlo a solo unos pocos metros de la costa.

—Mañana en Menjangan te echaremos de menos, Sergei —dijo uno de los buceadores—. Han sido unos días inolvidables, lo más parecido a tocar el cielo con las yemas de los dedos, y te estamos muy agradecidos.

—Quedáis en las mejores manos —contestó mirando de reojo a Dimitri con cómplice sonrisa—. Pero los deberes diplomáticos me llaman. Sé que sabréis disculparme.

En ese preciso instante entró una llamada en el móvil de Livinenko. En cuanto vio quién le llamaba, se levantó y se dirigió hacia su cabaña, donde permaneció varios minutos antes de salir a despedirse de sus compañeros de expedición.

Sergei Livinenko era diplomático ruso en la embajada de Malasia, pero debía regresar a la mañana siguiente a Rusia. Tenía 43 años, estaba casado con Elena y era padre de dos hijos de 17 y 11 años de edad. Procedía de la ciudad siberiana

de Irkutsk, a orillas del lago Baikal y era un buceador de élite e instructor de buceo. En principio estaba previsto que todos regresaran juntos el lunes, pero él adelantó su vuelta a aquel sábado fatídico.

A nadie se le escapaba que Livinenko estaba próximo al judaísmo, afiliado a un movimiento de extensión judía internacional llamado Jabad.

El club al que pertenecía Livinenko desde hacía más de 10 años estaba especializado en buceo bajo el hielo.

Una vez finalizada la llamada, Livinenko se dirigió al grupo y se despidió uno por uno de sus compañeros de aventura, dedicándole a cada cual algún consejo y palabras cariñosas y cercanas.

—Bien, aquí termina nuestra convivencia por esta vez, creo —acertó a decir—. Debo retirarme ya a dormir. Mi vuelo sale muy temprano mañana hacia Kuala Lumpur, y por la noche debo tomar otro vuelo. Así que buenas noches a todos. Ha sido un verdadero honor para mí compartir con todos vosotros estos días.

Muchos se fueron también a dormir aunque tres de ellos se quedaron con Dimitri con el propósito de apurar unos tragos de Stolichnaya.

—Qué magnífico personaje —dijo uno de ellos—. Ha sido un maravilloso descubrimiento. Me encantaría volver a encontrármelo pronto.

—Estoy de acuerdo —contestó Dimitri—. Es una referencia a seguir.

—¿Cuándo os conocisteis y qué puedes contarnos de él? —inquirió otro de los buceadores, uno de los más jóvenes del grupo.

—No sé demasiado de su vida —respondió—. Sé que era un mal estudiante. Con 18 años dejó embarazada a una chica y se casó con ella. Vivían en la casa de los padres de él. Pero el matrimonio fue un fracaso y se separaron meses después. Cuando cumplió 20 años fundó una empresa dedicada a la madera. Más tarde le vino su obsesión por el buceo y se convirtió en un experto instructor. Ingresó después en el ejército y ahí fue donde le conocí personalmente. Es curioso que su padre no hiciera el servicio militar por tener los pies planos, y a él le entró una repentina obsesión por todo el espectro militar. Siempre fue un tipo muy fuerte y preparado, tanto física como emocionalmente. Jamás le vi temer a nada. En el ejército ruso formó un club de buceo exclusivo para exoficiales que habían aprendido a bucear en el servicio. Era un verdadero aficionado al buceo bajo el hielo, en condiciones de mala visibilidad y a grandes profundidades que requerían unos gases especiales. Nunca le gustó el buceo en aguas cálidas.

—¿Por qué entonces nos trajo a Bali? —interrogó con juvenil intriga otro de los militares.

—No lo sé. Fui el primer sorprendido —contestó Dimitri.

—¿Es muy diferente bucear bajo el hielo de lo que hemos hecho nosotros? —Interrogó el más joven del grupo, mientras apuraba su segundo vaso de vodka—. Más peligroso sé que sí, pero las vivencias, ¿son muy diferentes?

—Básicamente es muy similar —respondió Dimitri—. Pero desde luego existen algunas diferencias cruciales. Por ejemplo —continuó—, las temperaturas son extremadamente bajas y pueden alcanzar los 2 grados bajo cero. Por ello, los buzos han de llevar trajes secos de hielo sellados en lugar de

los habituales de neopreno, para evitar que el agua se cuele dentro del traje. Además, dentro del traje seco, usan ropa interior de polipropileno de mucho espesor para el calor. Llevan también una gruesa capucha de neopreno para proteger la cabeza y guantes en las manos.

—Bueno, es absolutamente normal. Eso lo imaginaba —dijo el chico—. Yo me refería más bien a otro tipo de diferencias, como las sensaciones, la técnica...

—La mayor diferencia es el acceso a la superficie —respondió Dimitri—. El hielo marino puede tener varios metros de espesor y el buzo solo puede acceder de nuevo a la superficie a través del mismo orificio por el que entró. Y esto crea serios problemas, te lo aseguro.

»Además —continuó ante la atenta mirada de los muchachos— es difícil mantener la orientación bajo el agua cuando te encuentras a mucha profundidad, y resulta costoso distinguir entre arriba y abajo. En el buceo normal orientarse es tan sencillo como flotar hasta la superficie y volver a sumergirse. Pero bajo el hielo te encuentras atrapado por un grueso techo que te impide subir a la superficie, además de evitar la entrada de luz. Por este motivo, una medida de seguridad es mantener a los buzos atados a la superficie y comunicarse con ellos a través de un peculiar código de tirones cortos.

—Ahora que lo dices —dijo el joven buzo—, he oído hablar de ello. Se llama código de NOAA o algo así, ¿verdad?

—En efecto —respondió—, un tirón, por ejemplo, significa «OK»; Dos tirones significa «dame más holgura» y así hasta varios tirones seguidos que ya son un signo de socorro y significan «sácame de aquí».

—Pues no alcanzo a entender por qué hacerlo bajo el hielo pudiendo hacer lo mismo con menos riesgo, como hemos hecho nosotros —dijo uno de los chicos—. Es de locos.

—A pesar de los riesgos —siguió Dimitri—, la impresionante belleza del mundo submarino se agiganta. Bajo el hielo, un buzo experimenta una visibilidad de hasta 800 pies, mientras que la visibilidad en lugares como el Caribe es de poco más de 100 pies. Bajo el hielo, la vida parece más abundante y hay una enorme variedad de esponjas de invertebrados de gran colorido. No existe otro lugar en el mundo donde se pueda saltar en el agua y ver el terreno con esa nitidez.

Los chicos parecían entusiasmados, aunque también asustados.

—Cambiando de tema, ¿sabes por qué adelantó inesperadamente su regreso? —interrogó el joven oficial ruso.

—Me dijo que tenía un viaje de negocios a Mongolia —respondió—, pero nunca le creí. Creo que lo adelantó porque le había prometido a su esposa que iba a cenar con ella el día internacional de la mujer⁶. El tipo es un sentimental disfrazado de una apariencia tosca y distante. Pero es puro corazón.

—¿Es verdad lo que se dice de él?, ya sabes, que es un fanático religioso del judaísmo —preguntó el tercero, que se había comprometido con el mudo silencio hasta entonces.

—Es posible, pero ¿qué coño importa? —contestó Dimitri dirigiéndose al muchacho—. Yo soy ortodoxo y tú budista. Pero todos somos hijos de la madre Rusia.

—Ya —insistió el joven—, pero se ha llegado a rumorear que ha trabajado para agencias de inteligencia extranjeras.

—Has visto muchas películas de James Bond —respondió airado un repentinamente molesto Dimitri—. Disculpadme,

pero creo que me voy a acostar. Mañana nos espera un buen madrugón y muchas horas de actividad física. Quedaos si queréis, pero mi edad me va pasando factura. Tomaos la última a mi salud.

Los buceadores que seguían presentes se miraron con incredulidad. No era fácil ver enfadado a Dimitri, siempre tan cordial y moderado en el trato. Algo le había molestado, desde luego. De pronto todos sintieron la sensación de un proteccionismo casi fraternal de Dimitri sobre Sergei. Tras la primera reacción de sorpresa se mostraron con absoluta naturalidad.

—Nos vemos mañana, camarada —dijeron con complicidad.

Los militares rusos se despidieron de Dimitri y apuraron el último trago de vodka antes de retirarse a sus aposentos.

La luna brillaba con plenitud y su reflejo en el mar les dejó ensimismados.